







www.loqueleo.com/uy

© 2026, Sebastián Pedrozo

© De esta edición:

2026, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-665-3

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: abril de 2026

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Álvaro Zunini

Revisión de contenido histórico: profesora Mariela Benítez

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MISTERIOSO URUGUAY

SEBASTIÁN PEDROZO

loqueleg

*Para Viviana Echeverría,
quince libros después*

Este libro es deudor de los siguientes textos y autores:

La tierra purpúrea, William H. Hudson

Diario de un naturalista en el Plata, Charles Darwin

Viajes por el Uruguay (1868 – 1870), J. Murray

Historia de los orientales, Carlos Machado

Historia de la sensibilidad en el Uruguay (tomos 1 y 2),

José P. Barrán

*Donde quiera que mire... grandes llanuras sonrientes
con una primavera eterna [...].
Y, más allá, suaves colinas no labradas.
Y la gente que vive en esa ciudad...
están en vísperas de una nueva tormenta.*

La tierra purpúrea, William Henry Hudson

LA MÚSICA AFRICANA





1743



Tumá es un nombre musical.

Suena en la última sílaba como un tambor apagado.
Tu-má.

La niña sabía de ritmos y danzas. También sabía que bailar era pasar las canciones por el cuerpo. Porque las extremidades no pueden quedarse quietas. Se estiran los músculos y hacen mover el esqueleto bajo la piel. Hay sones que llevan a través de la sangre una chispa milenaria, que no se puede explicar. Solo se siente. O se enciende. E incendia todo. Y a todos.

Bailar es estar vivo. Sin dolor ni hambre. Sin pensar.
Libre.

Bailar es lo contrario al miedo.



Porque, desde tiempos inmemoriales, había música por todas partes. De la época en que los humanos salían a recorrer los valles y a pintar las paredes de las cuevas.

Danza y música siempre. Como las nubes, las flores y los animales.

Era un ritual tan antiguo –anterior a las palabras, incluso– que nadie sabía bien cómo había comenzado. Siempre había estado allí para todos.

16 Se bailaba en los nacimientos. En las muertes. Cuando un joven cazador volvía con la presa aún caliente. Había música en la copa de los árboles, en los escarabajos hundiéndose en la arcilla: eran melodías tranquilas sobre la punta de los pastizales; eran ritmo en el viento que llegaba del corazón incendiado del continente.

El aire africano era una manta enorme que bajaba –antes de enfriarse violentamente por la noche– del Sahara hasta el océano. Y, también allí, había notas que sonaban tras su paso.

Había música en el cuero. En la madera. En los cuencos de barro y los apliques de hueso en lóbulos y demás cartílagos. En las copas de los árboles el sonido se hacía verde.

Era esa música que Tumá no quería olvidar.

Porque la llevaba al hogar. Y la hacía feliz.

Cuando bailaba, en su casa de piso de tierra roja, le aparecía dentro de su cabeza una figura oscura. No era un animal. No era un hombre, ni una mujer. No era nada y era todo.

No recordaba la primera aparición.

Era una presencia. Así le llamó ella. Aunque no le contó a nadie sobre aquello. Lo que le pasaba cuando cerraba los ojos al moverse al ritmo de los tambores era su secreto.

A veces, solo por un momento, tenía miedo. Porque la presencia se acercaba mucho a ella. Lo que más le preocupaba, aunque no demasiado, era que esa cosa no bailara. ¿Por qué no se movía? ¿Qué quería de ella? ¿Cuál era su objetivo al estar allí, tan cerca?

Tenía esas preguntas y con ellas convivía mientras ayudaba a preparar la comida o colgar los cueros. Esa era su vida.

Tumá había aprendido a leer los gestos de los animales. Sabía cuándo una cabra estaba por parir, cuándo un mono se escondía por miedo a la lluvia, cuándo un perro viejo se echaba a esperar la muerte. Su abuela decía que eso era un don, y que no todos lo tenían. Por las tardes, cuando el sol bajaba detrás de los árboles, Tumá se sentaba a escuchar los cuentos que los mayores tejían con palabras que ella desconocía. Le gustaba especialmente una historia, la de una niña que podía hablar con los espíritus del bosque si bailaba descalza sobre la tierra justo después de la lluvia. A veces, Tumá pensaba que esa niña era ella. Y entonces bailaba con más intensidad, con los ojos cerrados, esperando que algo –lo que fuera– le respondiera.

Un día, Tumá fue arrancada de su tierra.

Y ya no hubo ninguna alegría. Solo quedaron las preguntas. Solo quedó el miedo. Se fue la música.

¿Quiénes eran los jefes de la tribu que habían apresado a su familia? ¿Dónde estaban su padre, su madre, sus hermanas y hermanos? Y luego: ¿Quiénes eran los hombres blancos que la habían subido a ese barco enorme, lleno de gente desconocida?

¿Quién era ella ahora?

Cuando uno se aleja de su hogar, la risa es el primer sonido que se deja atrás.

18

El viaje en el barco fue terrible. Y eterno. Tanto calor acumulado, la humedad y el sudor derramándose por las paredes de madera.



Al principio, nadie hablaba. Todo era terror y silencio. Los esclavizados suspiraban y bajaban la mirada. Los estómagos gruñían de hambre. Las gargantas ardían de sed.

Los días eran muy calurosos. Las noches, heladas.

Más allá de la forma en que los hombres de barba la ataron de pies y manos y la subieron al barco español, sin palabras y con tanta violencia, había un agregado que todavía hacía todo más confuso y angustiante: en la nave estaba rodeada de desconocidos. Había mucha gente ahí. Demasiada. Ningún rostro familiar. Nadie de su tribu.

Eran otras voces, lenguas que ella jamás había escuchado. ¿De dónde venían?, se preguntaba. ¿Tan grande era su tierra?

Escuchó alguna palabra similar a la que usaban en su tribu. Similar, mas no idéntica. Era otra música. Lo que sí parecía claro era que se trataba de palabras de lamento; que ella no necesitaba comprender del todo, para sentir que compartían el mismo dolor universal dentro de aquel espacio tan reducido.

Quizás, se dijo la niña, también se hacían la misma pregunta gigante que dominaba su precaria existencia: ¿A dónde iban?

Sin embargo, nunca se había sentido tan sola. ¿Cómo era posible? Eran un montón de desconocidos que gritaban y lloraban pidiendo ayuda. Apenas podía estirar

sus piernas. Y eso le producía, con el paso del tiempo, un dolor insoportable.

La tripulación no acudía a sus llamados. Los esclavizados habían visto cómo la rebeldía era, rápidamente, castigada con azotes. Ante la más mínima señal de queja: látigo. Allí mismo en la bodega.

Sin la música, tampoco había visita de la presencia. Estaba sola.

20 Algunos desafortunados habían sido llevados a la cubierta. Y, luego de unos gritos lejanos, se había oído caer a alguien al mar. Después, solo se escuchaban las olas golpear el casco del barco.

El que subía a la cubierta, no bajaba.

Pero estaban los que luchaban en silencio. Que se lastimaban al querer zafar de los grilletes que les sujetaban los pies sangrantes.

También los que vivían dentro de su cabeza. Que apenas se movían de sus lugares. Casi sin pestañear.

Como la pequeña Tumá, que apretaba los ojos y bailaba sin música a la sombra de un baobab, en un hermoso atardecer rojo.

Ella decía: si hago esto, no me verán. Nada de golpes. Ni subida a la cubierta.

Podré desaparecer. Nadie me puede castigar dentro de mi cabeza.

Ella, en realidad, quería hacer aparecer a la presencia, pero no podía. No había caso. Faltaba la música de verdad.

Iban todos amontonados en la bodega del barco. Como cientos de peces en una pequeña red; sin aire, casi sin agua potable. Lo mínimo para sobrevivir. Apenas unas rendijas de luz que se filtraban por la cubierta. Un recordatorio de que seguían con vida.

Muertos no le servían a nadie.

Iban aturcidos por el miedo, el hambre y la inmundicia acumulada a sus pies. Algunos, sin haberse visto jamás, se tomaban de las manos. Y temblaban juntos.

21

A mitad de camino, los sacaron por turnos a la cubierta y los bañaron con vinagre. Según creían los hombres de barba, eso eliminaba enfermedades y les endurecía el cuero.

Muchos no llegaron a la costa.

Los que morían en la bodega del barco eran subidos a cubierta y desechados.

Nada detenía el viaje del hombre blanco.

Era una carga que debía llegar en pie. Y lo más sana posible. Aunque parecía que aquellos marineros hacían todo lo posible para que esto no pasara.

Entonces, sucedió.

Una noche, cuando el viaje promediaba, recibió la deseada visita. Todos dormían. ¿Ella también? Nunca lo supo.

La presencia estaba ahí. Tumá no podía ver casi. Todo estaba muy oscuro.